

Miguel Ángel Buil Pueyo

Fernando Mora

Una estampa castiza en la Edad de Plata

EDICIONES DOCE CALLES



Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Las noticias, asertos y opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, sólo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Fotografía de cubierta: Fernando Mora

© Del texto: Miguel Ángel Buil Pueyo

© De la presente edición: Ediciones Doce Calles

ISBN (DOCE CALLES): 978-84-9744-171-1

Depósito legal: M-35602-2014

Edición al cuidado de Ediciones Doce Calles, S. L.

Í N D I C E

Agradecimientos.....	11
Prólogo.....	13
Introducción	17
Tras las invisibles huellas de Fernando Mora	25
Fernando Mora y la masonería.....	41
Un escritor castizo entre los castizos	47
Nuevo acercamiento a las novelas de Fernando Mora	61
Colaboraciones en prensa y revistas.....	71
Los disgustos del hambre.....	83
Fernando Mora y el librero Gregorio Pueyo, su primer editor	93
Resistiendo al olvido	103
Bibliografía de Fernando Mora.....	111
Bibliografía.....	169
Índice onomástico.....	175

Introducción

Con notas y una vieja tarjeta postal de Madrid

Con motivo del ciento treinta y cuatro aniversario de su nacimiento, publiqué el 3 de julio de 2012 un artículo en la página web de «La Cueva de Zaratustra» (Accesible en http://tallerediciones.com/cuza_new/?p=1561), apuesta del Taller de José Antonio Durán (Ed.) por el librepensamiento, que titulé «Fernando Mora (1878-1936) o el olvido de una libre silueta» y con el que pretendí dar noticia, siquiera brevemente, sobre su persona y obra literaria, tan castiza en tantas ocasiones en su ambientación y tan folletinesca, otras tantas, en sus argumentos. Al finalizar ese artículo afirmaba que estaba trabajando en su bibliografía, que ya completé, y que tuvo su continuación en espigar, a la rebusca, sus colaboraciones en prensa, fructíferas en artículos de miscelánea varia.

Mudanzas en mi ánimo han conllevado puntos muertos pero también repentinos y bruscos cambios de marcha y así, a trancas y barrancas, he conseguido llegar a la meta que me propuse. El resultado de esta labor, en absoluto tediosa, por lo que tiene de búsqueda en «terra ignota», en territorio poco explorado, queda ahora al descubierto. Se ha intentado aprovechar, reproduciéndolas en parte, las informaciones que se exponían en ese artículo pero que ahora se amplían considerablemente, en la confianza de que aportarán algo más de luz sobre este culto escritor, de vastos conocimientos, cuyo clamoroso olvido y, en su momento, premeditado y alevo-so silencio han conducido a un absoluto anonimato que, una vez más, se intenta mitigar en esta exposición que no deja de ser, a pesar de todo, como sucede con la vida, un incompleto puzzle. La dimensión del personaje lo merece.

«MORA (Fernando). Biog. Novelista español contemporáneo, n. en Madrid. Discípulo o continuador de Dicenta, castizo y tradicional, que ha dado a conocer en sus obras el Madrid de los barrios

bajos, honrado y laborioso, evocándolo con sinceridad y robustez. Figuran entre sus principales obras: *Venus rebelde* (1909); *Nieve*, cuentos (1910); *Los vecinos del héroe* (1911); *La noche de Juan José*; *El patio de Monipodio* (1912); *El misterio de la Encarna* (1915); *A orillas del Manzanares* (1918); *El otro barrio* (1918); *Los hijos de nadie* (1919), etc.». Esta es la entrada que la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, el *Espasa*, en su Tomo VII (Apéndice) dedica al escritor, periodista y conferenciante Fernando Mora. Para un mayor conocimiento, intentaré ampliar esa escueta referencia recogiendo en las hojas siguientes lo que me ha sido posible averiguar sobre el autor madrileño del que, hágase una idea aproximada el lector, el Tomo III del *Catálogo General de la Librería Española e Hispano-Americana* (1901-1930), editado en 1935 por las Cámaras Oficiales del Libro de Madrid y Barcelona, recoge, si bien de manera incompleta, 37 títulos de su autoría. Son libros embellecidos la mayoría de ellos con muchas ilustraciones, obra de geniales dibujantes que diseñaron unas muy interesantes portadas cuya contemplación hace que, gustosos, detengamos la mirada y que cuando en su día pudieron ser contempladas, sin duda, no dejaron indiferentes a los posibles compradores y, vencidos los recelos, solícitos lectores: Izquierdo Durán, Salvador Bartolozzi, Galván, Luis Blesa, Juan Francés, Varela de Seijas, Pedrero, Máximo Ramos, Puig, Riquer, Pomareda, Vázquez Calleja, Sirio, etc., son los nombres de algunos de ellos.

Son numerosos los periodistas, escritores y dramaturgos que desde finales del siglo XIX y hasta el comienzo de la Guerra Civil han dedicado gran parte de su obra, ya en prosa ya en verso, ya teatralizada ya sin teatralizar, a novelar la ciudad de Madrid. Son esos años que abarcan lo que se ha dado en llamar «La Edad de Plata» pero también la «Segunda Edad de Oro» y, últimamente, por Ángela Ena Bordonada, «La otra Edad de Plata»:

[...] Afortunadamente, desde hace unas décadas, gracias al empeño de una serie, cada vez más amplia, de estudiosos de la literatura de la época y de algunos valerosos editores, dispuestos a «rescatar» la identidad personal y literaria de aquellos «olvidados», hoy los nombres de muchos de ellos y de ellas son menos desconocidos. Solo así, tendremos un mejor conocimiento de lo que fue la literatura de la Edad de Plata, descubriendo también la que ha permanecido y permanece

entre las sombras, es decir, acercándonos a lo que podemos denominar [...] *La otra Edad de Plata*¹.

¿Qué deparó la posteridad a esos escritores de esta «otra Edad de Plata»? Indagar sobre ello es un asunto fascinante que, en algún momento, se debería abordar con la extensión merecida. Escribí ya en alguna ocasión sobre el bohemio gaditano Dorio de Gádex (1887-1924)². Tengo inédito un artículo sobre el aristocrático poeta José María Luis Bruna, Marqués de Campo (1877-1916), que espero ver publicado pronto, y es que, no podía ser de otra forma, el río de la vida que a todos forzosamente arrastra llevó a cada uno por senderos y avatares diferentes. Entre las decenas que se podrían enumerar citaré, al amparo del inciso, unos ejemplos. Alejados de su patria, en el exilio americano terminaron sus días el pacense Francisco Vera (1888-1867), escritor y matemático, Luis de Oteyza (1883-1961) o Enrique Díez-Canedo (1879-1944). El 2 de septiembre de 1916 Felipe Trigo (1864-1916) se suicidaba en Madrid en su hotel Villa Luisiana de la Ciudad Lineal. Su enorme popularidad le vino por su particular personalidad literaria. La narrativa erótica de sus libros contribuyó a que los lectores buscaran con fruición sus novelas, que le proporcionaron ingentes cantidades de dinero. Por contra, son conocidos los apuros económicos que sufrió Francisco Villaespesa (1877-1936) en los años finales de su vida pese a la buena situación económica que había conseguido cuando sus éxitos teatrales y sus viajes a América le auparon a la cúspide de la fama. El pontevedrés Alfredo Rodríguez de Aldao (1868-1927), experto en asuntos ocultistas, que utilizó los seudónimos de «Aymerich» y de «Enediel Shaiiah», murió violentamente en Madrid al caerse en la calle y fracturarse el cráneo, según me informó Félix Castro Vicente. Otros murieron prematuramente, como Fernando Fortún, que lo hizo a los veinticuatro años.

Se han publicado en los últimos años estudios y tesis volumétricas sobre algunos de ellos: *Fernando Fortún y el modernismo español* es la tesis presentada en 1990 en la Escuela de Estudios Superiores de la Universidad de Ottawa (Canadá) por Mercedes Roldán Vendrell; Roso de Luna fue objeto de la tesis que Esteban Cortijo defendió en 1991 en la Universidad Complutense de Madrid y que tituló *Vida y obra del Dr. Mario Roso de Luna (1872-1931), científico, abogado y escritor*; Amelina Correa Ramón hizo lo propio con el



escritor granadino Isaac Muñoz y la presentada en 1994 en la Universidad de Granada se publicó dos años más tarde con el rótulo de *Isaac Muñoz (1881-1925). Recuperación de un escritor finisecular; Ideología y texto en la obra de Emilio Carrere* fue el título que puso a la suya Alejandro Riera Guignet (Universidad de Barcelona, 2005). En este suma y sigue, añadir que Sara Toro Ballesteros presentó en 2013 en la Universidad de Granada la suya sobre la escritora murciana Ángeles Vicente: *Viaje al mundo de las almas. La narrativa breve de Ángeles Vicente*. Los ejemplos se podrían multiplicar en un fecundo y alentador suma y sigue.

Fernando Mora, objeto de la presente incursión bio-bibliográfica, fue un ameno y selecto autor ampliamente conocido en su momento, aunque hoy en día sea un gran ignorado y por ese motivo digno integrante de esa «otra edad de plata».

Estamos ante un escritor hoy en día no sólo desconocido sino también extraviado de ese listado de escritores coetáneos suyos que se dedicaron a novelar pero también a conferenciar sobre la ciudad de Madrid, descubriendo sus rincones, dando a conocer escenas madrileñas pobladas por diversidad de tipos populares.

Quise volver en estos tiempos de acusada desmemoria sobre la figura de este hombre de bien, hombre de ideales, amante de lo justo, observador profundo, con una voluntad enemiga siempre de toda clase de prejuicios, con una rara elegancia espiritual que, poseedor de la divina fortaleza del optimismo y del corazón sano y honrado, odiaba todo lo que brillaba y que no quería a «las banderas que olían a

alcanfor ni a los fusiles que se usan para, lo más, tirar al blanco en las verbenas» y que procedió siempre en conciencia, aún a costa de su libertad. Emilio Alfaro en un artículo sobre grafología, viendo al través de la lupa todos sus rasgos, apunta que «esas últimas letras de su firma denuncian a gritos, por su abertura, la franqueza».³

Pero, prescindiendo ya de los sustantivos y de los adjetivos, aunque no de una oculta admiración, sobran mayores comentarios en esta introducción con notas y una vieja tarjeta postal de Madrid que ha de contribuir, si necesario fuere, a crear ambiente en este viaje al pasado. La amenidad de las novelas de Mora, tantas veces por encima de su verosimilitud, le llevaron en su época a ser un escritor popular y buena prueba de ello es el ingente número de ellas que vieron la luz. Ante la imposibilidad de reproducir la totalidad de sus cubiertas, van insertas en el texto una selección de las mismas.

Al redactar estas páginas he pretendido que el lector y estudioso actuales, si se animan a adentrarse en ellas, puedan conocer un poco mejor a Fernando Mora. No sé si lo habré conseguido pero no otra ha sido mi intención.

Madrid, octubre 2013

¹ ENA BORDONADA, Ángela, *La otra Edad de Plata. Temas, géneros y creadores (1898-1936)*, Madrid, Editorial Complutense, 2012, p. 13.

² BUIL PUEYO, Miguel Ángel, «Dorio de Gádex (1887-1924): Las peripecias de un bohemio», *El Fingidor. Revista de Cultura*, Granada, Universidad de Granada, núms. 31-32, enero-julio de 2007, pp. 38-40. Accesible en <http://tallerediciones.com/cuza/modules>.

[php?name=News&file=article&sid=319](http://www.magazinmodernista.com/?name=News&file=article&sid=319); «Dorio de Gádex: una aportación bibliográfica», *Magazine Modernista. Revista Digital del Modernismo* 10 (2009). Abril 2009. Accesible en [web. www.magazinmodernista.com/?p=2208](http://www.magazinmodernista.com/?p=2208).

³ ALFARO, Emilio, «Las firmas de este número a través de la grafología», *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 1 enero 1931, p. 33.

Tras las invisibles huellas de Fernando Mora

Enrique Avilés Arroyo es el autor de la introducción y notas de un libro, breve y antológico, *La guapa de Cabestreros y otros relatos*, que son *La plaza de la Cebada* y *¡Viva el cieno!*, en donde da a conocer datos sobre la desconocida vida, personalidad y obra de nuestro autor:

«Fernando Mora Martínez nació en Madrid, no en la calle de Valencia, como le gustaba decir eufemísticamente al propio autor, sino en el Puente de Vallecas, en las casas de La Presilla, «a la sombra de la Plaza de Toros»⁴, el 15 de junio de 1878,

aunque él y su familia celebraron siempre el cumpleaños el día 13, fiesta de San Antonio de Padua»⁵. Florentino Antonio Fernando son los nombres que se le dieron al nacer, hecho que aconteció en la Casa Parador de Viñas del Barrio del Puente. Fue bautizado una semana más tarde, el día 22 de junio de 1878, en la iglesia de San Pedro ad Víncula, en el pueblo de Vallecas (Madrid), entonces municipio independiente⁶.

El barrio del Puente de Vallecas sería escenario de muchas de sus historias. En una ocasión Mora se refirió a él de esta manera: «... Esa fea y sucia barriada a la que un espíritu burlón y despiadado bautizó con el remoquete de Nueva Numancia». Obra en mi poder un ejemplar de la



Fernando Mora, *El Mundo Gráfico*, Madrid, 19 febrero 1919



Recuerda esta placa la hazaña del calesero Baltasar Bachero, cuyo nombre tomó la calle durante muchos años

novela *El patio de Monipodio* (1912) que contiene en la anteportada la siguiente dedicatoria manuscrita, con indicación del que, entonces, era su domicilio: «Querido Alejandro ¿recuerda estos tiempos? ¿Sí? Pues en recuerdo de ellos y con el afecto más sincero, le envío la novela del Puente de Vallecas, que yo llamo El Patio de Monipodio, por lo que verá si leyere. Un abrazo». Viene a continuación su firma y rúbrica y el ofrecimiento de la casa con la abreviatura de cortesía s/c, como entonces era costumbre, Juanelo, 17. 2º.

Otra dirección madrileña relacionada con su biografía personal sería la de la calle de Santa Isabel, donde vivió en su juventud, pero también, al hilo de mi incipiente investigación, sucedió que, en busca de ese hechizo evocador que tiene Madrid y que con su canto de sirena ha atraído a tantos escritores a lo largo de los siglos, un paseo me llevó por el hoy multirracial barrio de Lavapiés, por lo que en tiempos pasados eran conocidos como los barrios bajos, de la Plaza del Progreso, actual Plaza de Tirso de Molina, para abajo, cuyos tejados siguen escondiendo en sus ya casi inaccesibles patios vecinales, inherentes a las casas de corredor, un filón de historias.

En mi vagabundeo, tras ver la desapercibida e inusual placa de cerámica de la calle del Salitre, 34⁷, acerté a pasar por una finca, la numerada con el número 5, de la calle de San Pedro Mártir, que hace esquina con la calle de la Cabeza, adornada desde el año 1981, según pude comprobar, con vistosos murales de azulejos, obra de la artista Lola Gil, que recordaban que allí había vivido durante unos meses de los años 1897 y 1898 el pintor Pablo Picasso⁸. De otra parte, una placa indicaba que en esa misma finca había nacido el popular actor, protagonista de inolvidables películas que ocupan un relevante lugar en la historia de la filmografía española, José Ysbert. Nada indicaba, sin embargo, que también ese edificio tan colorista estaba relacionado con el escritor que estamos recordando. Una muy breve carta al director del diario *El País*, entonces sin acento, enviada días después de la inauguración de esos murales y publicada el 23 de septiembre de 1981, que paso a reproducir, contenía un dato aclaratorio importante sobre su desconocida biografía. La firmaba un pariente suyo, don Enrique Salazar Mora:

En el número de hoy 17 de septiembre de este diario leo el artículo de Pedro Montoliú relativo al homenaje a Picasso con la colocación de azulejos en la casa que vivió, en la calle de San Pedro Mártir. A la lista de las personas que vivieron en la misma desearía señalar que, asimismo, en su piso tercero izquierda vivió largos años, en compañía de su madre y hermana, el que fue escritor

Madrid. Calle de San Pedro Mártir



costumbrista y murió asesinado en Zaragoza por sus ideales republicanos, Fernando Mora. En el segundo tomo de Madrid, de Espasa Calpe, don Mariano Sánchez de Palacios, entre los nombres de Emilio Carrere, Diego San José, etcétera, lo cita. La doble vertiente de su madrileñismo y sus sanos ideales bien merecen incluirlo entre los personajes que honraron esa castiza vivienda, donde aun siguen viviendo descendientes de este escritor. Con ello sólo pretendo poner un granito de arena en la información, sin mayor trascendencia⁹.

A título anecdótico, en el número 26 de la calle homónima, ahora de Sevilla, nació el 15 de marzo de 1862 el escritor bohemio Alejandro Sawa Martínez, immortalizado para la posteridad literaria como «Max Estrella» en la obra cumbre de Valle-Inclán *Luces de Bohemia* que, además, comparte con Fernando Mora el segundo apellido, Martínez.

Tras el libro pionero de Enrique Avilés Arroyo vendría luego el de Pascale Micaux de Vomécourt, *Le populisme madrilène à travers sept nouvelles de Fernando Mora* (1993), y el trabajo de Cecilio Alonso, «Sobre la categoría canónica de raros y olvidados» (2008), en donde reivindica la figura del irredento Mora, poniendo al descubierto «las aberraciones que enmascaran el olvido de estas circunstancias (detalles de su crimen) en memorialistas que -como Sainz de Robles- tergiversaron con fantasías falaces, oscuras circunstancias biográficas que su memoria extraviada no podía alumbrar porque nunca existieron»¹⁰.

Fernando Mora matrimonió dos veces. Por noticias facilitadas amablemente por sus descendientes directos, tomo conocimiento de que el primero fue con doña Carmen Jiménez, con la que tuvo dos hijas, Carmen y María Luisa. Del segundo matrimonio, con doña Leonor Díez



Santander. Detalle de la Bahía

Fernando Mora, 1916



Martínez, que trabajaba como profesora de la Escuela de Magisterio, nacerían cuatro hijos, el primero un chico que murió a los dos años, los otros tres fueron chicas, Raquel, Elisa y Luz.

Calificándose a sí mismo como «trotapueblos», residió a lo largo de su vida en muchas ciudades españolas. Salvo a París, nunca salió al extranjero y en 1917 escribe:

Yo que apenas he salido, en mis andanzas, del cintillo que forma el Pardo y sube hasta Chamartín de la Rosa, para luego seguir en erial por las Ventas, Puente de Vallecas y carretera de Andalucía [...] ¹¹.

Ahora bien, sus inquietudes le hicieron peregrino de todas las sendas: Además de Madrid, vivió también en Tarragona, donde situó su novela *La mujer que se sintió águila*. Le encontramos luego, a mediados de los años veinte, avecindado en Santander, patria chica de sus mayores en lo que a la rama paterna se refiere (la materna procedía de Clavijo, localidad riojana donde la tradición quiere que se iniciara la Reconquista y donde, por vez primera, vencieron los cristianos a los árabes¹²), y desde la capital montañesa, a la que siempre le gustaba regresar para pasar breves temporadas, es desde donde envía sus «crónicas santanderinas» y sus «crónicas montañesas» al diario madrileño *La Voz*. Se desplaza a Zaragoza a partir de mediados de 1929. De hecho, «... Y juntos, más que vos», título de su primera «crónica zaragozana» para el diario que acabo de mencionar, lleva fecha de 11 de octubre de 1929 y comienza de esta manera:

Un poco fatigado de las nubes ceniza, el llover machacón y los recovecos turbios de Cantabria vengo a Zaragoza sediento de un sol de *medallica* nueva, cielos altos, limpios y azules y llanadas en donde todo -hasta el enemigo que por ellas venga- vendrá acompañado de claridad franca...

El propio Mora dejó escrito que «por exigencias del vivir, ha tenido que sumar el cronista los guarismos *mantenedores* de las bellas letras a

las letras de cambio» y también, y cito libremente, que presencié «muchas cosas» en quince años que «estuvo preso» tras las doradas rejas de un Banco madrileño. En Zaragoza «completaba sus ingresos llevando alguna contabilidad (Fernando Mora había estudiado algún curso, no se olvide, en la Escuela de Comercio), entre otras la del famoso industrial y político zaragozano, prohombre del Partido Radical Aragonés y diputado a Cortes, Manuel Marraco»¹³, quien llegaría a ser Gobernador del Banco de España, tomando posesión del cargo el once de octubre de 1933. Posteriormente, nombrado por Alejandro Lerroux, ocuparía, entre otros cargos de responsabilidad, la cartera de Hacienda.

Antitaurino convencido, al igual que Eugenio Noel, entusiasta de la zarzuela, escribía, según sus propias palabras, «porque gozaba» y justificaba su literatura: «Es, o por lo menos quiero que sea, contenido que tenga sustancia más para las ideas que para dar contento a los ociosos que a ratos me leen».

Se conocen las razones por las que dedicó su vida a la escritura, al ser expuestas y razonadas por él mismo en un artículo titulado «El que me corta el pelo», publicado en marzo de 1916 en el diario madrileño *El Radical* y reproducido posteriormente en enero de 1917 en la colección Los Contemporáneos, sin modificación alguna, salvo en lo que se refiere al título que pasa a ser el de «Intoxicación literaria. Lo que piensa mi «Fígaro» y los consejos que le doy». Dirigiéndose a su barbero le dice en un momento determinado:

[...] ¿Qué por qué escribo yo, entonces? Pues porque desoí los consejos desinteresados de un buen hombre que me apreciaba tanto como te aprecio y sobre todo porque ya metido en esa batalla de odios, me avergüenza el huir... ¡Oh si no fuera por eso! Si no fuera por eso, ten por cierto que, como el místico, huiría del mundanal ruido y escondería mi persona en lo alto de la sierra. Allí anidan las águilas; aquí se arrastran las víboras y los sapejos. ¡Y da un asco...!

Años después, a unos muchachos zaragozanos que se quieren dedicar a la literatura y le piden consejo, les contesta:

¡Locos de atar! ¿Literatura? ¡Nunca! Vendan y compren, que es lo útil y lo que da sustancia [...] No escribáis, que mal oficio es este de las bellas letras. Id allí donde las de cambio abundan, que de donde hay algo algo se saca, y de la literatura sólo duelos y quebrantos [...] La literatura, jóvenes incautos, es una dama de malísimo corazón, que acaricia, pero ata con grilletes durísimos, aunque invisibles.

Los apaches. Dibujo de Mateos



En *La tristeza de sentirse gorda* (1923) y a manera de prólogo, Fernando Mora aporta estas notas autobiográficas. Nos dice que escribe únicamente de su pueblo y que lo hace por dos razones: «La primera, porque lo amo con amor loco, y la segunda, porque lo conozco, creo que muy bien». Añade a renglón seguido informaciones sobre los orígenes de su afición a lo literario y sobre quiénes fueron sus maestros. Su propósito último es «una cosa sencilla: demostrar la superioridad de mi pueblo en lo que con la hidalguía, la generosidad y... otras cosas del espíritu se relaciona».

Sus comienzos como escritor parecen haber estado unidos al diario de crímenes madrileño *Los Sucesos*, que se comenzó a publicar el primer sábado de marzo de 1904 y se anunciaba como el «periódico ilustrado más barato y popular de España». Su reclamo era publicar «las informaciones de actualidad más interesantes y ningún otro periódico ilustrado le aventaja en la amenidad de sus relatos. Más de tres mil líneas de lectura. Más de cincuenta grabados todos los números». Sus páginas, como no podía ser menos, garantizaban el morbo y ahondaban, aunque no exclusivamente, dada la universalidad de asuntos que trataba, en noticias escabrosas que aludían a crímenes, el de esta tarde o el de anoche, repugnantes todos, perpetrados por monstruos de la crueldad, bebedores de sangre, crímenes que conllevaban en ocasiones hallazgos macabros, amores a la fuerza en los que las navajas, por ser utilizadas como razonamiento, rápidamente entraban en acción, sátiros que asaltaban alcobas con agresiones inesperadas, sangrientas riñas en la calle, provocadas en muchas ocasiones por aficionados en extremo al alcohol, disparos misteriosos, parricidios que iban acompañados de suicidios, atropellos del tranvía, hallazgos de fetos, etc., etc. *Los Sucesos* daba noticia, en resumen, de aquellos asuntos que preocupaban, por su gravedad ¡y por su cercanía!, al vecino de Madrid, produciendo enorme sensación en la opinión pública, por lo que no escaseaban aquellas noticias que informaban detalladamente de la captura de «pájaros de cuenta», tan abundantes y siempre tan amigos de lo ajeno, informaciones sobre timos, sobre monederos falsos o novedades sobre los movimientos de los últimos «apaches», temibles forajidos que, bien pertrechados, como los representa el ilustrador Mateos¹⁴, tras haberse hecho dueños de los arrabales de París, por causa de la guerra europea habían sido empujados a través de los Pirineos, llegando un día con sus tatuajes y su violencia a las puertas de Madrid, que traspasaron, para, finalmente, sostener verdaderas batallas con la policía.



[5]



[8]



[10]



[11]